

FRANCISCO HERNÁNDEZ, HUMANISTA Y POLÍGLOTA.

Miguel Figueroa-Saavedra - Académico de la Universidad Veracruzana, México

Seguramente muchos de ustedes ya han oído hablar del doctor Francisco Hernández como ese gran Protomédico de las Indias que fue, y de su labor como investigador de las propiedades medicinales de plantas, animales y minerales encontradas en América. Lo que quizás no sepan o se hayan dado cuenta es que para lograr sus objetivos, para acercarse a la realidad que quería conocer y analizar, le fue necesario usar diferentes lenguas, uso sin el cual jamás habría logrado cumplir su gran sueño de convertirse en un nuevo Plinio.

Como buen humanista, durante su formación tuvo siempre claro que el conocimiento de las lenguas nos permitía acceder al conocimiento acumulado por las civilizaciones de la Antigüedad, de las cuales sólo nos quedaban sus escritos como legado de sabiduría. El conocimiento del latín y del griego es algo bien patente en su obra. La primera de estas lenguas no dejó nunca de ser su lengua de trabajo. Su *De Historia Plantarum Novæ Hispaniæ* (1576) es un ejemplo de cómo supo hacer del latín su lengua de estudio, trabajo y reflexión con el que entenderse con su comunidad de trabajo, los médicos europeos, quienes sólo consideraban a esta lengua como transmisora y portadora del conocimiento. Esto no supone que el dominio de las lenguas vernáculas no fuera desarrollado como lenguaje especial o especializado, y eso se advierte en su traducción al castellano de la *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo* que fue realizando desde 1567 y otras obras filosóficas donde comenta a Aristóteles que también redacta en castellano. Se aprecia en ellas un esfuerzo por darle a la lengua vernácula una precisión terminológica reservada al latín y al griego.

En cierta manera estos detalles sobre su obra no nos deben extrañar pues la labor del humanista siempre tuvo algo de arqueólogo y traductor en ese afán por recuperar el conocimiento y también de difundirlo. Además el humanista se centra en la comprensión del mayor misterio para el hombre: él mismo. El hombre como objeto a conocer y desde el que conocer su entorno y realidad impone un reconocimiento y una reflexión sobre su propia diversidad, evolución y contradicción, siendo en sí un misterio a comprender y explicar en todos sus órdenes: biológico, social, histórico, religioso, económico... Desde la medicina, el punto de encuentro entre diferentes tradiciones de los pueblos en su lucha contra la enfermedad, el dolor y la muerte, y la conservación del buen estado de salud, es también un marco desde el que poner en comparación y diálogo a sus sistemas en la búsqueda de una mayor efectividad en esa lucha. Tal vez en ese sentido, la puesta en común de diferentes tradiciones como la judeomusulmana, la grecolatina y la misma medicina popular

europea y mediterránea impusieron el planteamiento del hecho lingüístico como una realidad en sí desde la que problematizar y construir el conocimiento.

El aprendizaje de las lenguas como una forma de asegurarse el acceso integral a las realidades nombradas, es un acercamiento al problema del conocimiento que retoma un debate que hunde sus raíces en la filosofía griega. Ya desde antes de Aristóteles, el tema de la relación entre realidad y lenguaje oscilaban entre posturas naturalistas, que consideraban que el lenguaje era una representación "motivada", es decir, conectada íntima y contingentemente con la realidad, cumpliendo el lenguaje una función descriptiva; y posturas convencionalistas que describían la relación establecida como una representación convencional que transformada en hábito creaba una objetivación particular de esa realidad nombrada.

Desde tales planteamientos los análisis lingüísticos adquieren diferente cariz. Desde el naturalismo, representado por ciertas teorías platónicas, ese análisis recibe un papel central por su valor epistemológico, es decir, proporcionador de un verdadero conocimiento sobre la base de una función mimética del lenguaje, de la conexión inmediata entre componentes lingüísticos y elementos ontológicos. Analizar la etimología de una palabra, su origen y estructura es un método heurístico válido en la comprensión de las realidades estudiadas.

Por otra parte, desde el convencionalismo, y aquí se parte de lo sostenido por Aristóteles en su *Metafísica*, ese análisis también cumple una función heurística pero desde una visión más metodológica. El lenguaje establece un modo de acercarse a la realidad y no constituye en sí conocimiento, pero sí que permite producirlo al crear las condiciones para dialogar sobre y definir la realidad desde un uso práctico, artístico o teórico. En cuanto a la construcción del significado, se plantea la existencia de una correspondencia entre las palabras como "símbolo", los conceptos y las realidades experimentadas. Mientras las palabras son particulares y plurales, las experiencias y conceptos son compartidos y comparables. Por tanto la correspondencia entre lenguaje y realidad es indirecta e igual que no se puede sostener la existencia de un lenguaje natural, tampoco un lenguaje verdadero.

En ambos casos, se creía así que la poliglotía de ciertas lenguas de saber garantizaba el acceso a un conocimiento de los conceptos universales cuyos matices en unas lenguas se perdían, pero en otras se conservaban. El acceso a la originalidad, a la etimología de las palabras, se convertía en proceso de descubrimiento de realidades precisas expresadas en los significados.